



Los cuentos de *Extraños testimonios* ejemplifican una de las facetas estilísticas de Daína Chaviano que ella denomina «gótico caribeño».

A diferencia del «realismo mágico», donde los personajes aceptan la presencia de hechos mágicos como algo natural, los personajes del «gótico caribeño» reconocen la existencia de lo sobrenatural y lo

mágico, conscientes de que son ajenos a su realidad, que casi siempre son paisajes soleados del Caribe o zonas tropicales de apariencia engañosamente bucólica.

El uso de elementos fantásticos, eróticos y terroríficos son las herramientas principales de la autora para abordar temas dolorosamente humanos —la mujer-objeto, la mujer rebelde, los conflictos del escritor frente al acto creativo, la realidad social, la fragilidad de la psiquis— en tonos que transitan por el humor más perverso, la intensidad poética y el horror de lo innominable.



DAÍNA CHAVIANO

EXTRAÑOS TESTIMONIOS
(PROSAS ARDIENTES Y OTROS RELATOS GÓTICOS)





ÍNDICE

REVELACIONES DE LA EXTRAÑEZA,
ANTONIO ORLANDO RODRÍGUEZ

SACRILEGIOS NOCTURNOS

ESTIRPE MALDITA

TEJE, ARAÑA, TEJE

ELOGIO DE LA LOCURA

EL DUENDE

HABÍA UNA VEZ...

DISCURSO SOBRE EL ALMA

CIUDAD DE OSCURO ROSTRO

PROSAS ARDIENTES

LA SUSTANCIA DE LOS SUEÑOS

LA JOYA

VIDA SECRETA DE UNA MUJER-LOBA

EL PÁJARO DE FUEGO

LAS AMANTES

NUESTRA SEÑORA DE LOS OFIDIOS

GÁRGOLA MÍA



REVELACIONES DE LA EXTRAÑEZA

Tuve el privilegio de estar entre los primeros lectores de estos cuentos, en una Habana lejana e irrecuperable, irremediablemente idealizada por la memoria. Inaugurando una costumbre que se ha mantenido a lo largo de muchos años, su autora, Daína Chaviano, me los dio a conocer para escuchar mis opiniones con la misma atención y confianza con que yo he oído y sigo oyendo las suyas.

Si cierro los ojos, soy capaz recordar perfectamente la textura del feo papel de 8½ por 13 pulgadas, hecho con bagazo de caña, en que estaban mecanografiados los relatos –no, aún no había empezado la era de las computadoras. Incluso me parece estar viendo el color grisáceo, un tanto desvaído, de las letras, tan diferentes de las que imprimen sobre los pliegos nuestras sofisticadas máquinas láser de hoy.

Aquellos relatos que exploraban distintas vertientes de lo fantástico me entusiasmaron y más de una vez le insistí a su autora para que los reuniera en un libro. Pero para ella, en ese



momento, eran una suerte de pequeños escapes o aventuras creativas, digresiones que se permitía mientras trabajaba en una serie de proyectos de mayor aliento, como la novela *Fábulas de una abuela extraterrestre*, el poemario *Confesiones eróticas y otros hechizos* o el libro de viñetas satíricas *El abrevadero de los dinosaurios*.

“Ya veré qué hago con ellos”, me repetía, evasiva, cada vez que yo salía en defensa de esas historias sin lectores y reclamaba su derecho a ser publicadas. Y, con excepción de unas pocas que vieron la luz en revistas literarias o en antologías del cuento cubano, seguían añejándose, como los buenos rones, en el fondo de una gaveta de su elegante escritorio de cedro, herencia de un abuelo poeta.

Años después de escritos, he podido releer por fin esos relatos, reunidos bajo el título *Extraños testimonios*, y compruebo con satisfacción que su magia y su capacidad de encantamiento no han disminuido en lo más mínimo. Daína Chaviano acertó al destacar el rasgo que unifica a esta decena de historias ambientadas en escenarios y épocas disímiles, construidas con un despliegue de técnicas narrativas que va desde la primera persona hasta el narrador omnisciente, desde la escritura en forma de diario hasta el relato epistolar: *la*



extrañeza. La condición de sorprendente y de fuera de lo común, que se expresa a través de personajes, anécdotas y atmósferas, es el común denominador de estos cuentos. A través de ellos, logramos entrever imágenes y experimentar sensaciones insólitas, a veces luminosas, pero casi siempre perturbadoras o francamente escalofriantes, asociadas con mitos y leyendas primigenios, con el erotismo y con obsesiones enraizadas desde la infancia en nuestros imaginarios.

La indeleble conexión de Chaviano con los mundos imaginarios, con las leyendas y lo onírico, le ha permitido dejar testimonio, para nosotros, de lo que acontece en esa extensión de nuestro universo que se conoce como fantasía. De eventos, salvo una que otra excepción, de naturaleza oscura y enigmática, en los que desempeñan un papel fundamental una galería de seres (humanos o sobrenaturales) tenebrosos y aviesos, y un humor tan negro y perverso como refinado.

Un recorrido por las páginas de este libro, dividido en dos secciones: “Sacrilegios nocturnos” y “Prosas ardientes”, pone de relieve su variedad temática y estilística, y su deslumbrante riqueza imaginativa. “Elogio de la locura” revisita el texto de Erasmo de Rotterdam a través de las vicisitudes de un personaje que, como consecuencia del trastorno de los sentidos



que le produce el abandono de su amada, salta las barreras temporales y se ve obligado a enfrentarse a sus fantasmas, corporeizados en la mítica figura de un dragón.

Cada cuento es un mundo al que se nos permite asomarnos, durante unos breves instantes, para ser testigos de lo que en ellos acontece. La labor de los creadores de ficciones es recreada en dos fábulas deliciosas: “Teje, araña, teje” y “Había una vez...”; la partitura de Igor Stravinsky pareciera servir de fondo musical a la trama de “El pájaro de fuego”, una viñeta sobre la desesperación de una joven que descubre, consternada, el secreto que ocultaba su amado; “La joya” es un clásico relato de horror, pero arropado por la estética del Art Nouveau, y “Discurso sobre el alma” enumera, en una suerte sintética de *lectio magistralis*, los mandamientos del alma (que, para quienes no lo sepan, son cincuenta, ni uno más ni uno menos).

Mientras la narración de “Nuestra señora de los ofidios”, un cuento que combina de modo inquietante la sexualidad y la depredación, avanza hacia su inesperado desenlace con la sinuosidad y la elegancia de una serpiente. “El duende” tiene, por el contrario, una arquitectura fragmentaria, lúdica y saltarina, y un color disímil, resultado de la mezcla del candor y



el lirismo de los cuentos infantiles y del mundo feérico, la defensa de la espiritualidad y una ironía que observa críticamente el cada vez más precario cultivo de la imaginación en el entorno contemporáneo.

El amor por los mitos de distintas culturas y su revisión creativa han sido fundamentales en la obra de Daína Chaviano desde el inicio de su carrera. Así pues, no es raro que en esta colección se proponga una singular variante de la licantropía en “Vida secreta de una mujer-loba” y que se actualice –asociándolo con la antigua civilización maya– el universo de los vampiros. Por su parte, “Gárgola mía” –un relato que no trata de ocultar su filiación con los cosmos lóbregos y malignos de Poe y de Lovecraft– entremezcla misterio, terror y un erotismo tan brutal como subyugante para recrear la sobrevivencia de un milenario culto celta en el bucólico y aburrido entorno de un pequeño pueblo cubano de 1940. Y “Las amantes”, una curiosa historia plasmada a la manera de divertimento dramático, propone una mirada maliciosa y perversa a Lilith y Eva, las dos mujeres de Adán.

Entre los rasgos que más me atraen de estos “testimonios” se encuentra la multiplicidad de lecturas e interpretaciones que permiten. Por ejemplo, podría darse por sentado que una



colección de cuentos de este tipo esté divorciada del plano real, pero no es así. Las ficciones de Chaviano suelen moverse en más de una dimensión, y una buena prueba de ello es “Estirpe maldita”, relato narrado en primera persona por un joven miembro de una familia de monstruos caníbales, que alude inequívocamente al *modus vivendi* de la Cuba de los últimos años: escasez de comida, espionaje y delación entre vecinos o familiares, la necesidad de ocultarse para la supervivencia de la individualidad en un régimen que pretende la homogeneización de los ciudadanos...

A lo largo de nuestra existencia, hemos sido testigos o hemos vivido inmersos en sucesos y situaciones extraordinarios, pero al parecer existe una especie de condicionamiento o de regla no escrita que nos impulsa a fingir que no los percibimos o a olvidarlos como si jamás hubieran existido. Daína Chaviano es, en ese sentido, una excepción. Aunque la mayoría de sus historias surge de su pródiga imaginación, otras han tenido como detonantes sus vivencias personales. La pérdida de un amante fue el origen de “La sustancia de los sueños”, una historia que habla de presencias fantasmales y reencuentros de ultratumba. Y soy testigo de que –por increíbles que parezcan– algunos de los extraordinarios



incidentes que se refieren en “Ciudad de oscuro rostro” ocurrieron realmente en el pequeño apartamento de la calle Trespalacios, en La Habana, donde nos reuníamos cada semana, a mediados de los años 1980, los integrantes del grupo literario amante de la literatura fantástica que formábamos Daína, Chely Lima, Alberto Serret, Sergio Andricaín y yo.

Estudiosa de las leyendas, Daína Chaviano ha devenido una ella misma, por ese halo de belleza y misterio que la rodea. Para mí, y así lo confirman estos cuentos, Chaviano es algo más que una escritora de probado oficio y con particular sensibilidad para aventurarse en los más intrincados territorios de lo insólito. Ella es una suerte de dama duende, un adorable fantasma capaz de seducir a sus lectores y de llevarlos de la mano a universos donde conviven, jubilosa y salvajemente, todo tipo de criaturas fantásticas: desde gnomos y unicornios hasta dragones, brujas y faunos libidinosos. Una autora, en fin, convencida de que “la realidad no está hecha sólo de luz; también las sombras se ocultan en los resquicios de sus múltiples recovecos”. Y para que no quepa la menor duda de ello, ha revelado, al fin, estos *Extraños testimonios*.

Antonio Orlando Rodríguez



SACRILEGIOS NOCTURNOS



ESTIRPE MALDITA

(fragmento)

Ya es cerca de la medianoche y pronto comenzarán los ruidos. Desde aquí podré observarlo todo: cada movimiento en el interior de la casa, cada susurro, cada visitante clandestino. Como siempre, estaré en mi puesto hasta la salida del sol. Y mientras el vecindario duerme, solo dos viviendas permanecerán en la vigilia: la mía y «esa».

Nos alumbramos poco, al igual que ellos, para no llamar la atención. Mis padres y mis hermanos se mueven con sigilo, sin que ningún ajetreo llegue afuera. A cada rato, mamá o papá dejan un instante sus ocupaciones para curiosear un poco. También mis hermanos abandonan sus juegos y tratan de percibir alguna cosa tras los cristales. Solo yo permanezco firme, sin desviarme un ápice de lo que considero mi mayor deber: descubrir qué sucede en esa casa.

No sé por qué lo hago. No sé de dónde sale esta obsesión de espionaje perpetuo. Es un reflejo, casi una enfermedad; algo que he aprendido de los mayores. Papá y mamá dan el ejemplo,



aunque sin mucho convencimiento. Dicen que es su obligación. No obstante, cuando mis hermanos preguntan acerca del origen de esta vigilia, ninguno sabe dar una respuesta coherente. Yo no me caliento la cabeza con estas cosas. Me limito a cumplir con mi deber.

Acaban de dar las doce, y me empino sobre el borde del techo para ver mejor. Ahora empezará el trajín. En efecto. Ya encendieron una luz en el piso alto. Es la vieja. Puedo verla a través de una ventana rota. Se mueve por su habitación llena de trastos, mientras se alumbra con un cabo de vela. Se agacha junto a lo que parece un baúl. Intenta separarlo de la pared, pero no logra moverlo. Entonces deja la palmatoria en el suelo y empuja con todas sus fuerzas hasta que el mueble se despega del rincón. La vieja se inclina sobre él, como si fuera a sacar algo... En ese instante, alguien tropieza conmigo y casi pierdo el equilibrio. Es mi hermano menor.

—¿Qué haces aquí, idiota? —le recrimino en voz baja—. Por poco me matas del susto.

—Vine a jugar —responde sin notar mi furia, y esparce una porción de huesecillos por el alero.

—¿Y desde cuándo juegas en la azotea?

—Hace calor allá adentro.



Coge dos falanges y comienza a golpearlas entre sí, como si fuesen espadas diminutas.

Contemplo de reajo la casa, pero ya la vieja ha desaparecido con vela y todo. Me he quedado sin saber qué pretendía sacar de aquel rincón.

—¿Y esas? —le pregunto sin mucho interés, porque ahora descubro a dos figuras que atraviesan rápidamente la entrada y son conducidas de inmediato al interior por alguien que les abre la puerta—. ¿Son nuevas?

Mi hermano me mira un momento, sin comprender.

—¡Ah! ¿Estas?... Eran del bebé de los Rizo.

—¿El que enterraron la semana pasada?

—No. Aquel era nieto de la señora Cándida. Este es un bebé mucho más antiguo.

Una música perezosa sube y baja de tono hasta perderse en un murmullo: alguien manipula una radio en la casa vecina. Por alguna razón, sé que está prohibido escuchar las voces y las noticias que provienen de la lejanía. Adivino el afán del oyente por eludir la interferencia con que intentan impedir que penetre cualquier señal del exterior. Estamos aislados. No solo nosotros, ellos también...

—¡Vamos, cobarde! —dice mi hermano con una vocecita



impostada, haciendo chocar los huesos a manera de espadas—. ¡No huyas y enfrentate a mi furia!

—Vete de aquí —lo empujo un poco para recobrar mi lugar—. Si no bajas enseguida, le diré a papá que no vuelva a llevarte.

Él se encoge de hombros.

—Ya no tengo que ir al osario para conseguir juguetes. Mami siempre...

—Si no te vas ahora mismo, te tiro de cabeza. ¿No ves que estoy ocupado?

La puerta principal de la casa se abre con lentitud. Un hombre asoma la cabeza para inspeccionar los alrededores. Después vuelve a entrar. Enseguida vuelve a salir. Lleva un cuchillo en la mano. Se acerca sigiloso hasta un rincón del jardín y empieza a cavar un hoyo, ayudándose de ese instrumento. Rápidamente entierra un paquete de mediano tamaño que ha sacado de sus ropas. En medio del silencio de la madrugada, lo oigo murmurar:

—No podré usarlo yo, pero tampoco lo tendrán ellos.

Finaliza su tarea y regresa al interior.

Mi hermano me empuja para tener más espacio.

—¡Pedazo de estúpido! —me vuelvo hacia él, dispuesto a



cualquier cosa.

Lo sacudo por el cuello y aprieto con todas mis fuerzas hasta que se desmadeja por falta de aire. Parece haber perdido el conocimiento. Entonces mis ojos se vuelven hacia la casa y, al mirar por una ventana del piso alto, tropiezan con un espectáculo inusitado: una luz difusa cae sobre una cama donde se desnuda una pareja. Me quedo atónito. Suelto a mi hermano y, tres segundos después, escucho el ruido sordo de un cuerpo que cae sobre el pavimento, muchos metros más abajo. Apenas le presto atención al despachurro, porque distingo otra silueta que abandona la casa y atraviesa el jardín. En ese instante, un nubarrón inmenso cubre el disco de la luna y me quedo sin saber si era hombre o mujer aquello que se aleja por la acera con un bulto entre los brazos.

Un gong lejanísimo me devuelve a la realidad. Es mi madre que nos llama a cenar. Observo por un segundo la casona envuelta en tinieblas y me separo del alero con reticencia.

Cuando entro al comedor, ya están todos sentados a la mesa. Mamá sirve una sopa roja y espesa como jugo de remolacha. Pruebo la primera cucharada y casi me quemo los labios.



—¡Está hirviendo! —protesto.

—Ten cuidado con el mantel —me advierte ella—. Ya sabes cómo mancha eso.

—¡No me gusta la sangre vieja! —se queja uno de mis hermanos.

—Pues tendrás que conformarte. La cosa se está poniendo cada día más difícil, y ya no puedo conseguirla fresca como antes.

—¿De dónde la sacaste? —pregunta mi padre, devorando un trozo de oreja.

—Me la vendió Gertrudis a sobreprecio. La tenía en el congelador desde hace seis meses, porque Luisito... —mira en torno—. ¿Dónde está Junior?

Todos dejamos de comer para fijarnos en el puesto vacío de mi hermano.

(Fin del fragmento)

© Todos los derechos reservados

